

*REX STOUT*

*EL  
SEÑOR  
CHEVIE.  
CHEVIE*

*TA*



La historia de un científico joven que ha encontrado por casualidad una fórmula para la base perfecta de la barra de labios y las cremas frías, y a quien no le importa un ápice hacer fortuna con ello, sino que prefiere quedarse en su laboratorio, y regalar la fórmula. Pero los buenos amigos interfieren y, a pesar de sí mismo, se vuelve cada vez más rico porque parece poseer un toque de Rey Midas. Hay dos mujeres en su vida: una, la pequeña secretaria de su oficina, que se arriesga a complicaciones legales para evitarle problemas, y la otra, una mujer glamurosa que está más interesada en sus riquezas que en él mismo.

## Capítulo primero

**F**ue algo ciclónico y milagroso. Llegó de modo aún más imprevisto que el ciclón y, para él, rodeado con el fantástico aroma del milagro. Aroma que perduró hasta después de que aquello hubo completado la curva de su órbita y se hundió en el caos con ruido estruendoso.

Cierto domingo de agosto, a las ocho y media de la noche, cuando hacía sólo dos horas que acababa de llegar de sus dos semanas de vacaciones, se hallaba sentado ante la mesa de su dormitorio y cuarto de estar de su pisito de la calle 26 Este, descalzo y con su alto y desgarrado cuerpo cubierto sólo por un pijama de algodón azul, limpio pero descolorido, leyendo un artículo en el número de septiembre de la *American Chemistry Gazette*, llegado durante su ausencia, mientras comía alubias con cebolla, acompañadas de tragos de cerveza. Esta, las alubias y el pan los había comprado al venir a su piso después de haber dejado el coche en un garaje a orillas del río, así como también los tres pastelillos que, cuidadosamente colocados unos junto a otros sobre un plato de cartón, esperaban, al alcance de su mano, que les llegase el turno.

Al sonar el timbre no hizo el menor movimiento hasta que hubo terminado el párrafo que estaba leyendo. Entonces volvió la cabeza y frunció el ceño. Pensó que sería Pete, el repartidor del hielo, y fue a la cocinita adjunta para empujar el tirador que alzaba el pestillo de la puerta de la calle, dos tramos de escalera más abajo. Al hacerlo frunció el ceño de nuevo. Había venido frunciéndolo intermitente-

mente desde hacía cuatro años porque las plantas de sus pies descalzos se adherían al linóleo, pero no podía ir a comprarse unas zapatillas sin ponerse antes los calcetines y los zapatos, y, una vez calzado, eso ya no ocurría. Antes de volver a la mesa, abrió la puerta de la entrada, dejándola entornada, a fin de no tener que levantarse de nuevo para que Pete entrara. Hizo todo esto maquinalmente, sin dejar de masticar las alubias y el pan que tenía en la boca, absorto en el artículo de la *Gazette* que trataba de la hidrogenación de las grasas.

Pero al sonar un golpe de nudillos en la puerta y girar ésta en respuesta a una invitación suya, no fue Pete quien apareció, sino el primer huésped ciclonal. Desde luego, no lo reconoció; todo cuanto pudo ver en aquel momento fue un hombre bajito y carirredondo, de unos cuarenta años de edad, aunque aún no los habría cumplido, vestido con un traje blancuzco de immaculado lino. Parecía sofocado pero contento. Entró, dio unos pasos con el sombrero en la mano y preguntó con voz delgada pero no tímida:

—¿El señor Clinker?

Durante unos segundos, la única respuesta que tuvo fue una mirada insistente de él. Entonces dio otro paso y repitió:

—¿El señor Tully Clinker?

Tully asintió con un movimiento de cabeza, tragó las alubias y dijo:

—Creí que era el repartidor del hielo.

—En un día como éste, no me importaría ser él.

Fue hacia la mesa y le tendió la mano.

—Me llamo Jones. Berwith Jones, asesor comercial.

Tully se puso en pie para estrechársela. Pero como las plantas de sus pies se adhirieron al linóleo, volvió a sentarse. El visitante lo hizo también en otra silla de mimbre, le sonrió y, con aire indiferente, le hizo esta pregunta:

—¿Le gustaría ganar algún dinero?

Tully movió la cabeza.

—¡Caramba! —exclamó, pasándose la manga del pijama por la frente—. Y en una noche tan calurosa como ésta y, además, domingo. ¿Qué es lo que vende?

—No vendo nada; compro.

—Pues a mí no me comprará nada.

Berwith Jones sonrió de nuevo.

—Sin embargo, así lo espero, señor Clinker. Pagaré con dinero contante y sonante.

—No tengo nada que vender. Además, estoy cansado y en cuanto termine de cenar me iré a la cama. ¿Por qué no lo suelta de una vez?

—Lo sabía —repuso Jones con aire comprensivo—. Acaba de regresar de sus vacaciones, ha recorrido seis mil millas en dos semanas con su turismo 1931, y mañana por la mañana...

—¿Cómo diablos sabe usted todo eso? ¿Quién es usted?

—Ya le dije que soy un asesor comercial. —El visitante mantenía su tono indiferente—. He tenido que andar en su busca a causa de cierta mejora que persigo. Nada laborioso. Quiero decir la búsqueda. Pero cuido mucho los detalles. En el detalle está el negocio. Me dijeron que había vuelto hoy, y como tengo una grata noticia que comunicarle, ¿por qué tenerle esperando? Lamento mucho haber interrumpido su cena. Me gusta el olor de la cebolla cruda. Yo suelo tomar siempre... Mas podemos concluir esto en tres minutos. ¿Le gustaría ganar mil dólares?

Tully se encogió de hombros.

—¿Por qué? ¿Por recomendar alguna máscara de gas?

—Desde luego que no. —El visitante se reía.

Luego dijo, como si aquello no tuviera importancia, sino que, por habérsele ocurrido en aquel momento, lo soltaba:

—Por la fórmula de su lápiz de labios.

—¿De mi láp...? Yo no tengo ningún lápiz de labios.

—Bueno, del lápiz de labios que hizo para Flora Brent. Según creo, le hizo también unas cremas, y espero que las añada. Todo ello no vale mil dólares. Acaso no valga nada, comercialmente hablando. Pero estoy dispuesto a correr el riesgo, y no soy miedoso. Le pagaré un millar contante y sonante. Desde luego, espero que usted se avenga a no revelar la fórmula a nadie más.

Tully, que había conseguido confeccionar un bocado con todos los ingredientes de su cena, salvo los pastelitos, masticó un poco, antes de responder con la boca llena:

—¿Cómo sabe que hice un lápiz de labios para la señorita Brent?

—Ella me lo enseñó.

—¡Ah! ¿La conoce?

—Un poco. No íntimamente. Estuve con unos amigos la semana pasada en la terraza del «Churchill», para bailar, y ella estuvo con nosotros. Me dijo que había hecho usted ese lápiz de labios para ella y algunas cremas también. Me habló de usted. Me dijo que era químico y que trabajaba en los Laboratorios Stringer, donde ella trabajaba también como secretaria del dueño, y que era usted un genio que no debía perder el tiempo analizando tintes y cosas de esas que analiza usted. Francamente, puedo hacerle más tarde una proposición. Se trata de un trabajo bien remunerado y de gran porvenir. Pero ahora todo lo que me interesa es la fórmula esa, y voy a ofrecerle por ella un precio elevado porque es así como yo trabajo. Gastando dinero se hace dinero. Soy así, señor Clinker. ¿Qué dice?

—Dije que estoy cansado y soñoliento. De todos modos, no comprendo. Parece algo así como una broma. La señorita Brent le enseña ese lápiz y usted ya piensa que tiene un valor.

Jones rió de nuevo.

—Yo no he dicho que tenga un valor. Dije sólo que estaba dispuesto a arriesgar mil dólares en él. Y, respecto a

cómo me interesé por él, le diré que eso ocurrió cuando la besé.

Los ojos de Tully se abrieron por completo.

—¿Cuándo qué?

—Cuando la besé.

—¿La besó? ¿A quién?

—A la señorita Brent.

Tully, con el tenedor en el aire, se le quedó mirando. El otro protestó.

—Me mira como si acabara de decir que había besado a un canguro. La señorita Brent me aseguró que entre ella y usted había simplemente una buena amistad. ¿Hay algo grotesco en besarla?

—Nada en absoluto.

Jones, con un gesto de cabeza, asintió, sin perder sus aires de indiferencia.

—Yo diría que es besable en alto grado. Naturalmente, un beso sin importancia. Habíamos bebido un par de vasitos, estábamos bailando y... —Hizo un vago ademán con la mano—. Pero fue suficiente para darme cuenta de que su lápiz de labios era algo nota... Quiero decir diferente. No dejaba sabor alguno ni sensación de grasa en los labios. Al investigar sobre aquello descubrí que no había dejado en los míos la menor huella. Después la observé cuando fumaba y pude ver que tampoco dejaba rastro en los cigarrillos, a pesar de que parecía haber recargado el maquillaje y que éste tenía una fuerte pigmentación. Cuando la interrogué, me dijo que lo había hecho usted para ella en el laboratorio, así como algunas cremas —repitió el vago ademán—. Esto es todo. Opiné que valía la pena ocuparse de aquello. Si resultara que comercialmente no era válido y perdiera mi millar de dólares, eso sería cuenta mía. ¿Qué le parece? —Sonrió jovialmente.

Pero Tully había fruncido el ceño.

—¿Lo del beso? Me figuro, por lo que usted dijo, que debí poner cara de sorpresa; pero, ciertamente, no consi-

dero a la señorita Brent un canguro. La creo realmente muy atractiva, pero como generalmente la veo sólo en el laboratorio y en la oficina, la cuestión de besarla no se ha presentado, por supuesto. Desearía solamente que no interpretara mi sorpresa como algo que pudiera afectar a la señorita Brent.

—No lo he interpretado así —le aseguró Jones—. ¿Cómo iba a hacerlo? Lo comprendo perfectamente. Y, volviendo a la cuestión de la fórmula, comprendo que está fatigado...

—Pero no tanto como para no continuar —interrumpió Tully con una risita—; aunque me falta poco, quiero decir. Ha hecho todo muy bien. Sin embargo, estoy lo suficientemente despierto para comprender que es una broma y que anda en ello Cal Remmers; así que espero que me pague con un cheque falso.

—No conozco a nadie que se apellide Remmers —repuso Jones, un poco molesto—, y no pago con cheques falsos. Ocurrió tal como lo he dicho, y en cuanto a mi oferta... Tully se puso en pie.

—Por supuesto. Le creo. Pero acabo de llegar y mañana por la mañana tengo que ir al trabajo, así que ahora someteré eso a la prueba del ácido. Creo que, tratándose de una broma, hubiera sido de bastante mal gusto, aun cuando hubiera dado resultado. Pero conozco a Cal Remmers.

Se dirigió hacia una mesa atestada de revistas y papeles e, inclinándose sobre ella, descolgó el teléfono y marcó un número. Berwith Jones, con la frente surcada de arrugas, indicio de su paciente contrariedad, se retrepó en su silla y le oyó preguntar por la señorita Brent. Luego, tras un rato de espera, dijo:

—¡Hola, Flora! Aquí, Tully Clinker. Muy bien, gracias. Sí, sano y salvo. No me he roto ninguna pierna... No, no llegué hasta la bahía de Hudson... Ya te contaré mañana. Te llamaba porque tu amigo el señor Jones está aquí, y, antes de que se vaya, quería preguntarte si esto se te ocurrió a ti



o si fue idea de Cal Remmers... Sí, Jones. Berwith Jones, ya sabes; aquel con quien..., hum..., bailaste en la azotea del «Churchill». Como supondrás, quiere comprar tu lápiz de labios... Bueno, la fórmula. Este es el propósito, la fórmula secreta. ¿Qué? Oye, espera un momento...

Poco después se volvía hacia su visitante, con aire un tanto de asombro, para anunciarle:

–Tardará unos quince minutos en llegar.

Y se abalanzó al armario donde guardaba sus ropas.

El señor Jones frunció los labios y sacó un cigarrillo.

Tully, sucintamente vestido ya, se hallaba atareado con el tercer pastelito cuando llegó Flora Brent. Comió lo que quedaba de éste, al dirigirse a la cocinita inmediata para mover el tirador, y, cuando ella, después de subir los dos tramos de la escalera, entraba en el piso, ya había engullido su último y dulce bocado.

Flora llegó sin aliento y, al parecer, muy acalorada. Pero bajo ningún concepto se asemejaba a un canguro, salvo acaso en la edad, si los canguros viven hasta los veinticuatro años. Con una rápida mirada midió a Tully de los pies a la cabeza, mientras se saludaban estrechándose la mano, y otro vistazo a los restos del festín que quedaban sobre la mesa ocasionó un leve fruncimiento de su ceño. Luego, dirigiéndose hacia Berwith Jones, quedó plantada ante él, sin prestar atención a la mano que éste le tendía.

–¡Vaya! –dijo con aire desdeñoso–. Al final se quedó con él. Sabía de sobra que quería robármelo.

–Oiga, mire –Jones protestó, sin mostrarse desconcertado–. Vamos, dese cuenta. Esto no es ninguna comedia de aficionados, sino una cuestión de negocios. He venido a hacer al señor Clinker una oferta leal y generosa.

–Pero me robó el lápiz de labios. Le pregunté si lo tenía, al ver lo interesado que estaba por él, y me dijo que no, que debía de haberlo perdido. Es una treta muy ruin.

Y, a propósito, ahora comprendo por qué tenía tanto interés en acompañarme a casa y por qué insistía tanto en subir a mi cuarto y despedirme allí. Quería ver si atrapaba un tarro de *cold cream* de que había hablado. Y todas aquellas preguntas que me hizo como sin darles importancia. Pero así que me volvió la espalda, se escabulló hacia aquí.

—Pero ¡mi querida muchacha! No me escabullí. De haber cogido el lápiz de labios, hubiera podido mandarlo analizar y no hubiese tenido necesidad de preocuparme para nada del señor Clinker. En cambio le he hecho gusto una liberal oferta. Le aseguro, señorita Brent...

—¡Querida señorita...! ¡Pamplinas! —Flora no se había calmado—. Le apuesto mi mejor collar de perlas negras a que ha intentado analizarlo, pero no lo ha conseguido. —Se volvió hacia Tully—. ¿Qué opina de eso? ¿Es posible descomponer la mezcla del lápiz e identificar sus componentes?

—Lo dudo mucho —dijo Tully con científica reserva—. Se trata de tres aceites, dos de los cuales los he obtenido haciendo pruebas en el laboratorio y no han sido utilizados hasta ahora en cosméticos. Esos dos aceites, aunque en distinta proporción, se hallan en las cremas.

—Aceite de benjuí —sugirió Jones.

Tully rió entre dientes y movió la cabeza.

—Ni de sésamo tampoco. No se trata de nada tradicional. Dudo que ningún químico pueda dar con ellos; y, desde luego, ningún químico comercial. Son productos del país. Uno de ellos proviene de una planta que crece en cada...

—¡Cállese, Tully! —intervino Flora precipitadamente—. Es a eso a lo que ha venido. Está muerto de sueño y parece cansado.

—Lo estoy.

—También lo estoy yo. Pasé todo el día en la playa y cuando me telefoneó, sólo hacía media hora que había

llegado a casa. Despidamos al señor Jones para podernos sentar un rato a descansar.

Se volvió hacia el asesor comercial y le tendió la mano:

–Deme lo que quede de eso.

Pero Jones se sentó, puso una rodilla sobre la otra, y dijo en tono afable:

–He venido aquí a hacer un trato. Un trato honrado. ¿Necesito pedirle permiso a usted para hacerle un favor al señor Clinker?

El aludido bostezó y fue a coger una silla. Pero se detuvo al darse cuenta de que no quedaba otra para la señorita Brent, y fue a sentarse en el borde de la cama. Flora se encogió de hombros, tomó la silla y se dejó caer en ella.

–Muy bien –dijo, mirando a Jones–. Los favores que pueda hacer al señor Clinker no son de mi incumbencia. Pero usted me robó el lápiz de labios que él había hecho para mí, y después afirmó que no lo tenía. Trató de que se lo analizaran y no fue posible. En vista de eso, viene a ofrecerle por la fórmula... ¿Qué le ha ofrecido?

–Mil dólares. Teniendo en cuenta que su valor comercial es puramente especulativo...

Flora produjo un ruidito despectivo y Jones se interrumpió.

–¿Y para qué lo quiere?

–Especulaciones. –Agitó la mano–. De tener algún valor, podría encontrarle colocación en el mercado.

–¡Por supuesto que sí! –asintió ella sarcásticamente–. ¿Se ha creído que yo soy un sabio despistado como el señor Clinker? Pues no. Soy una mujer de negocios. Como estaba segura de que me había cogido el lápiz, pedí informes al Banco. Así supe que era usted un agente de negocios con un buen historial; que se ocupaba de la colocación de los bienes muebles e inmuebles del negocio de cosméticos de Irene Duchamps, que está siendo liquidado, incluyendo el edificio en la Quinta Avenida, y de que corren rumores de que casi ha logrado persuadir a Daniel

Cullen de que anticipe un millón de dólares. Eso es. Se dio cuenta de que sería inútil una reapertura con los mismos productos de la vieja Duchamps, sea cual fuere el nombre que se les pusiera, y casualmente se tropezó con ese lápiz de labios, reconoció su calidad, lo robó, trató de hacerlo analizar, no pudo y entonces ha tenido el valor de... ¿Qué le pasa Tully?

—¿Que qué me pasa?

—Sí, creí que iba a decir algo.

—No, nada. Sólo quería hacerle una pregunta: ¿Cree de veras que ese asunto del lápiz de labios es honrado?

—Ciertamente que no. Lo ha robado.

—Quiero decir: ¿No ha tramado usted todo esto con Cal Remmers para gastarme una broma?

—Desde luego que no. La broma ha sido a costa de Jones, porque su químico quiso identificar sus componentes, pero no pudo lograrlo.

Tully alzó una mano y se golpeó suavemente la cabeza con los nudillos.

—No me cabe aquí —declaró—. ¿Y después del beso y todo aquello, tuvo que preguntar al Banco para saber quién era?

—¿Qué beso?

—Se refiere —le explicó Jones— al episodio aquel que suscitó el tema del lápiz de labios cuando estábamos bailando.

—Por lo visto, usted lo cuenta todo. ¡Aquel insignificante besito...! ¿Y qué es «lo demás» a que se refiere?

—No sabría decirlo. No he mencionado ninguno.

Ella le preguntó a Tully:

—¿Qué era «lo demás»?

—Es sólo un decir —se disculpó el químico—. Que la acompañó a su casa, según creo. Eso de besar primero y pedir luego informes al Banco parece algo así como poner el carro delante de los caballos.

—Al contrario. Esa es la única manera de complicar las cosas. —La muchacha se volvió hacia Jones—. Y pretendiendo, como pretende, utilizar la fórmula del señor Clinker como base para una nueva empresa en la Quinta Avenida fuertemente financiada, ¿tiene el valor de venir con todo descaro a ofrecerle mil dólares? Eso es peor todavía que robar el lápiz e intentar analizarlo. No es siquiera un robo leal. No se quiso marchar cuando le insinué que lo hiciera; pero ¿no cree que podría irse ahora?

Jones tomó un cigarrillo de su pitillera, lo encendió, aspiró el humo y se quedó mirándole. No con una mirada amistosa precisamente, pero tampoco agresiva ni rencorosa. Los negocios, como él sabía muy bien, tienen muchos aspectos, algunos de ellos completamente imprevistos, y si uno se deja llevar del mal humor por alguno de ellos, puede terminar encontrándose sin negocio de ninguna especie. Así, pues, le sonrió.

—Eso del millón parece mucho dinero —dijo—. Pero sólo la renta del local cuesta ciento sesenta mil dólares al año.

Ella dejó oír su ruidito desdeñoso.

—¿Y qué? ¿Qué más da lo que pague si es menos de lo que gana? Emily Holden ha sacado millones de dólares.

—Se ha visto arrastrada por París. Perdió dinero en tres de los diez últimos años.

—Por favor, señor Jones, no puedo soportar relatos de desgracias y calamidades. Me afectan muchísimo. ¿Es verdad que tuvo que quitar los diamantes que había en el umbral de platino porque arañaban las suelas de los zapatos de la clientela?

—Muy bien. Hay dinero a ganar en el negocio de cosméticos, desde luego. Con buena dirección y mucha suerte, se gana en cualquier negocio.

Jones se puso en pie bruscamente y, encarándose con Tully, que estaba tumbado en la cama, dijo de improviso:

—Vamos a dejar arreglado esto, señor Clinker. La señorita Brent tiene mucha razón; tengo en perspectiva una co-

locación para su fórmula. Pero no tengo la menor idea de si esos aceites pueden obtenerse en condiciones comercialmente ventajosas, pues ignoro su procedencia, y tampoco sé si esa base puede ser adecuada para una extensa serie de artículos y si se prestará para el empaquetado y el almacenaje. Sin embargo, para concluir, le daré dos mil dólares en dinero contante y sonante por la fórmula. ¿De acuerdo ahora?

—Eso es ridículo —exclamó Flora Brent—. Haga con eso un donativo a la Asociación de Caridad.

—Estoy hablando con el señor Clinker. —En su voz había ahora un leve dejo de acritud—. Dos mil dólares, señor Clinker. ¿De acuerdo? —Sacó del bolsillo el libro de cheques.

Pero Tully se quedó mirando desde la cama y movió la cabeza.

—Dos mil es demasiado, tratándose de una fórmula todavía no experimentada. Francamente, ¿no lo cree usted así?

El químico bostezó.

—Ni siquiera quiero discutirlo.

—¿No quiere aceptar los dos mil?

—No.

Jones se le quedó mirando un momento y volvió a sentarse.

—¿Qué es lo que quiere? Fije un precio. Dos mil era la cifra límite que tenía pensada, pero si usted puede garantizar que los ingredientes pueden obtenerse en condiciones comercialmente aceptables... ¿Qué precio quiere?

—Ninguno —repuso Tully—. No quiero aceptar ningún precio. Ya le he dicho que no tengo nada que vender.

—¿Quiere decir que no es suya la fórmula? ¿Cómo la consiguió?

—¡Es mía y muy mía! Hace cosa de dos años le hice una observación a la señorita Brent sobre su lápiz de labios y ella me apostó a que yo no era capaz de hacer uno mejor. Me entretuve en aquello a horas perdidas, pero tardé un

poco en dar con la solución. Probé la misma base para cremas, la modifiqué un tanto y añadí un poco de cera y resultó la que usted sabe. –Sonrió a Flora–. Apostamos diez pastelitos contra un cartón de cigarrillos.

–Entonces, si la fórmula es suya..., ¿qué inconveniente hay?

–Ninguno absolutamente. Es perfecta. Es la mejor base para cosméticos que se inventó jamás.

–¿Y por qué diablos dice usted que no tiene nada que vender?

–Porque no está a la venta. No la hice para venderla, sino para ganar una apuesta.

–¿Pretende hacerme creer que no la vendería a ningún precio?

–Trataré de conseguirlo, si ése es el único medio de que se vaya de aquí y pueda irme a la cama. Aparte de eso, me tiene sin cuidado que usted lo crea o no. Aunque es verdad.

Jones lo miró en silencio. Finalmente, se puso en pie, fue hacia la mesa, apagó allí la punta de su cigarrillo, volvió a la silla, se sentó de nuevo y dijo en otro tono de voz:

–Muy bien. La señorita Brent me dijo que era usted un hombre de ciencia sin una onza de talento comercial. Pero, al parecer, no le ha juzgado debidamente. Puesto que, evidentemente, no está loco, en realidad no es que no quiera vender la fórmula sino ver hasta dónde puedo llegar yo. Vamos a ponerlo en el terreno de lo absurdo e iremos bajando desde allí. Pongamos que le ofreciera medio millón. ¿La vendería por ese precio?

–No. No la vendería.

–¿Que no la vendería?

–No, señor.

Jones frunció los labios. Pero en el acto los volvió a abrir y dijo:

–Comprendo. Lo había sospechado hacía un momento. La ha vendido ya. ¿Quién se la compró?